



**Hipertexto 9**  
**Invierno 2009**  
**pp. 86-94**

**Narrando a los sujetos coloniales en  
*La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre**

Andrea Castro  
Universidad de Gotemburgo

**Hipertexto**

The study of world literature might be the study of the way in which cultures recognize themselves through their projections of 'otherness'.

Bhabbha "Locations of Culture"

**E**n el año 1829, cuatro indios yámanas son tomados como rehenes por un barco de la corona británica capitaneado por Fitz Roy. Uno de ellos es Omoy-Lume, bautizado Jemmy Button por los ingleses. Los indígenas son llevados a Inglaterra en una llamada 'misión civilizatoria' y luego devueltos a Tierra del Fuego. Este acto de violencia –física y simbólica– marcará el inicio de una relación de colonización entre Inglaterra y los habitantes originarios del extremo sur del continente americano. Unos treinta años más tarde, casi toda la tripulación de una nave enviada por la Sociedad Misionera Patagónica, una misión anglicana, será asesinada por los habitantes de Tierra del Fuego. Omoy-Lume será acusado de liderar esta matanza.

De estos sucesos históricos parte la novela de la Sylvia Iparraguirre, *La tierra del fuego* (1998). Como muchas otras novelas históricas de los últimos 40 años,<sup>1</sup> ésta plantea una reflexión acerca de la necesidad de retramar la Historia, de contarla desde otros lugares, y de las dificultades que entraña reconstruir la Historia a partir de la memoria viva.

El relato está estructurado en siete "pliegos" y es iniciado por el movimiento de un jinete que se acerca por la llanura:

Hoy, en medio de esta nada, sucedió un hecho extraordinario. Tan de tarde en tarde la llanura rompe su monotonía interminable que cuando el punto vacilante en el horizonte creció y fue un jinete, y cuando pudo deducirse que su dirección era la de estas pobres casas, ya la impaciencia nos mandaba esperarlo. (Iparraguirre 15)

<sup>1</sup> Ver Hutcheon (1988), Perilli (1994), Fernández Prieto (1998).

El jinete, como el trazo de la lapicera rompe el silencio de la hoja en blanco, impone su presencia en la llanura, y llega al caserío de Lobos, provincia de Buenos Aires, en 1865, trayendo una carta. Esta carta, que viene del Almirantazgo Británico y en inglés, traerá un encargo a Jack Guevara, en su calidad de “testigo privilegiado y directo de los hechos”, de escribir una “noticia completa” (Iparraguirre 18) de los sucesos ocurridos entre 1830 y 1860, sucesos en los cuales se le atribuye un papel protagónico a Jemmy Button/Omoy-Lume. De este modo, el jinete anónimo y la carta de la que es portador, serán los motores de la narración.

La novela tomará la forma de una constante reflexión por parte del narrador, Jack Guevara, sobre su propia mirada y sobre la complejidad que entraña el acto de construir un relato a partir de la memoria. Apenas iniciada la tarea de escribir, Guevara sentirá la necesidad de definir desde qué posición está narrando la historia. Así lo dice al final del primer capítulo: “Dicho esto, y antes de continuar, tal vez convenga a este relato decir quién soy” (Iparraguirre 39). Esto está en línea con los planteamientos de Mignolo, en cuanto a lo que él llama ‘el locus enunciativo’.

Walter Mignolo, con el concepto de ‘semiosis colonial’, hace hincapié en la necesidad de problematizar desde dónde y para quién se construye el relato de la realidad colonial. Mignolo propone una hermenéutica pluritópica,<sup>2</sup> un ejercicio de interpretación que reconoce otras tradiciones además de la occidental, y nos hace ver la llamada tradición occidental como una tradición regional más, en lugar de la tradición universal que ha querido ser. Al entender la hermenéutica “no sólo [como] la reflexión sobre las formas de comprender, sino [como] el acto mismo de comprensión,” Mignolo (37-38) recalca la importancia de teorizar acerca de “la pluralidad de tradiciones y de los intercambios a través de las fronteras culturales.” En este contexto, el crítico argentino plantea un dilema que resulta central para el análisis que aquí quiero llevar a cabo:

¿Cuál es el locus enunciativo desde el cual el sujeto de la comprensión comprende situaciones coloniales? En otras palabras, ¿en cuál de las tradiciones que se quiere comprender se inscribe el sujeto de la comprensión? (Mignolo 38)<sup>3</sup>

El ‘locus enunciativo’ será de una importancia definitoria para entender lo que se construye a través del discurso sobre las situaciones coloniales. Desde dónde se articula ese discurso, y a quién va dirigido, serán elementos fundamentales en el análisis de cómo se conciben esas situaciones.

¿Quién es entonces Jack Guevara según Jack Guevara? ¿Cuáles son las tradiciones en las que se inscribe como sujeto de la comprensión? ¿Cuáles son las tradiciones que han ido definiendo su identidad?

---

<sup>2</sup> Mignolo (18) critica la ‘hermenéutica monotópica’ de Gadamer, explicando que si bien el filósofo alemán se preocupa por salvar las distancias en el encuentro intercultural, no puede abstraerse de su posición eurocéntrica al sólo concebir un sujeto localizado en una cultura específica (la europea/occidental) que se impone como universal.

<sup>3</sup> En una formulación posterior, en inglés, Mignolo desarrolla el dilema: “Colonial semiosis brings the following dilemma to the fore: what is the locus of enunciation from which the understanding subject comprehends colonial situations? In other words, in which of the cultural traditions to be understood does the understanding subject place him- or herself by constructing his or her locus of enunciation? How can the act of reading and the concept of interpretation be rethought within a pluritopically oriented hermeneutics and the sphere of colonial semiosis” (Mignolo 16)

Recién a principios del segundo pliego, el narrador presentará su genealogía más próxima: su padre, un inglés que llegó a Buenos Aires con las invasiones inglesas y su madre, una criolla católica. La escritura de Guevara se detiene cuando llega el momento de escribir su nombre, porque, como él lo expresa “no puedo dejar de sentir la violencia que su introducción ejercerá sobre lo escrito” (Iparraguirre 43), y continúa:

[E] que recuerda estos hechos y escribe es John William Guevara, un hombre de cincuenta y tres años, nacido en un punto de la llanura de lo que hoy se llama la Confederación Argentina. En un país primitivo, fue criado lejos de casi todo; habla y escribe dos lenguas y asumió, sin saberlo, una suerte de doble identidad, la de su madre: criolla, católica, devota; la de su padre: inglés, protestante, blasfemo. (Iparraguirre 44)

Guevara describe su hibridez, pero esa hibridez así descrita es una hibridez entre dos imperios –lleva la marca de dos imperios europeos–. Su mirada, quizás teñida por toda la literatura inglesa que ha leído,<sup>4</sup> es una mirada que, como señala Sims (524) recurriendo a Bhabha, contiene el eurocentrismo en sí misma. ¿Cómo entenderíamos de lo contrario ese “lejos de casi todo” en el que dice haber sido criado? Guevara describe el espacio de su infancia en negativo, es el que está “lejos de”, el que es primitivo con respecto a un horizonte más evolucionado, siempre presente, horizonte que, como veremos, se concretiza en la narración a través de la figura –fantasmal pero presente– del narratario, mister MacDowell o MacDownness.

Guevara señala una y otra vez que ha elegido este país del sur como su patria (Iparraguirre 47). Sin embargo, una y otra vez, marca la diferencia con sus compatriotas. Si en un momento, al decir “nosotros” se incluye en “el puñado de vecinos dispersos que forma lo que llamamos el caserío de Lobos” (Iparraguirre 15), al siguiente se diferencia de sus vecinos, refiriéndose a ellos como “iletrados”, o a su modo de mirar la carta con “desconfianza analfabeta, como se mira un objeto capaz de desencadenar acontecimientos imprevisibles” (Iparraguirre 17). Con esta última descripción, Guevara se inserta en la tradición iniciada por Nebrija y sus contemporáneos, tradición que invierte las jerarquías de la dicotomía voz/letra, pasando a entender la letra como jerárquicamente superior a las tradiciones orales y a otros sistemas (picto-ideográficos) de escritura (Mignolo 58-59).

También en su modo de relacionarse con el espacio en el que vive, Guevara remarca su extranjería con respecto a sus compatriotas:

Si sigo hablando de la llanura es porque sigue siendo para mí algo recuperado. Nací y crecí en ella, me fui cuando empezaba a vivir, y ahora que he vuelto tengo necesidad de nombrarla. Mis compatriotas jamás consideran este lugar, simplemente viven en él (Iparraguirre 27)

O, más adelante:

Por muchos años he vivido en los hechos, dentro de la Historia. Ahora estoy al margen, y puedo descifrar los acontecimientos del pasado como se descifra una escritura. No defiendo ninguna posición; mis compatriotas me dan literalmente la espalda, embarcados en una guerra

---

<sup>4</sup> “Debo sin embargo, reconocer algo: los libros que he leído se los debo a Inglaterra.” (Iparraguirre 38)

que no me atañe y que condeno. Nadie mira al sur. En este sentido me siento solo y extranjero. (Iparraguirre 34)<sup>5</sup>

Esa extranjería que él explica con su propia historia, o con su elección de mantenerse al margen de los sucesos históricos del momento, surge en parte de sus años en el mar, en barcos ingleses o de otras banderas europeas, años que lo llevaron a encontrarse en el centro de un sistema imperialista.

La experiencia en Londres, ciudad que conoce acompañando a Jemmy Button, es un gran choque para Guevara. Es en las calles de esta capital del imperio y ciudad natal de su padre en las que Jack se encuentra con la suciedad y la miseria humanas:

Londres me mostraba una miseria que yo no conocía. En mi país eran tal vez más bárbaros y pobres, pero me atrevía a pensar que más felices. En Londres yo recordaba las tormentas que limpiaban la pampa y se llevaban lejos pobreza y pestes. En aquellos barrios, la enfermedad y la miseria se habían estancado sobre los adoquines. (Iparraguirre 120-121)

En el caos de la gran ciudad, Guevara siente la necesidad de la compañía de Jemmy Button, con quien de repente se identifica: con el tiempo esa identificación irá creciendo y Guevara de algún modo seguirá el ejemplo de Omoy-Lume, aislándose de la historia. Ambos elegirán vivir de espaldas al imperio y a otras empresas colonizadoras.

Así, al momento de escribir la historia, Guevara reniega del inglés. En algo que parece un acto de rebeldía contra el Almirantazgo Británico –metonimia del imperio–, Guevara elige la lengua de su madre:

He pasado días sin escribir. Si vuelvo a hacerlo es porque he desterrado definitivamente una pregunta que, una vez comenzada esta relación, o como quiera que se llame, saltó sobre mí como un perro sobre su presa. ¿Cuál es la lengua en que estas palabras deberían ser escritas? ¿La de aquí y, puedo decir, la mía, o la de la carta, es decir la de ustedes? Como es evidente, elegí la mía [...]. (Iparraguirre 37)

El hecho de elegir el castellano como lengua de resistencia contra el Imperio británico denota sin embargo una contradicción y una negación de lo que está pasando en la tierra en la que él habita en el momento de la narración: 1865, momento de una fuerte inversión de capital británico fundamentalmente en el tendido de rieles y en la instalación de bancos, importación de hierro, acero, manufacturas y carbón de Inglaterra; momento, también, de luchas sangrientas entre las provincias y Buenos Aires; principios de la Guerra del Paraguay (1865-1870). Además, en 1865, hace sólo tres años de la unificación de la confederación Argentina bajo la presidencia de Bartolomé Mitre (1862-1868).

¿Desde dónde escribe entonces Guevara? ¿Cuál es su locus de enunciación? Geográficamente, se encuentra en una zona periférica con respecto a los Imperios (el Español primero y el Británico después). No obstante, no puede ignorarse que su calidad de hombre, blanco, e hijo de un europeo y una criolla católica lo llevará a ocupar una posición relativamente jerárquica en la sociedad en la que vive. Además, es uno de los habitantes blancos de la llanura que desde fines del siglo anterior se

---

<sup>5</sup> "Jack no trata de erradicarse lo eurocéntrico que forma parte de su ser; más bien lo reconoce pero opta por lo marginocéntrico que es Jemmy" (Sims 537)

les está ganando a los indios.<sup>6</sup> Esto no entra en su propia descripción identitaria. Descrito como “blanco” por Omoy-Lume y como “gaucho” por Darwin, su hibridez no tiene en realidad tanto que ver con su nombre como con la cruza entre una herencia europea y una pertenencia geográfica a un lugar otro.

Después de leer la carta por primera vez y de reflexionar acerca del encargo que se le hace, Guevara se detiene en la firma de la misma, una firma que aparece “entre los sellos del Almirantazgo Británico” y que él no puede descifrar:

No alcanzo a descifrar su nombre en el doblar del papel, y esto, presumo, ya significa algo. [---] Más insatisfactoriamente aún [...] no puedo dar a ese nombre una cara. Una cara desconocida a miles de millas de distancia, en alguna de las innumerables y desabridas oficinas del Almirantazgo. Ese lugar, al menos puedo recordarlo con detalle. Conocí los corredores de mármol y los techos artesonados bajo los que el Capitán hablaba cautamente con los dueños del Imperio [...] y conocí también las dependencias subalternas donde escribientes sumisos esperan órdenes. Asumo que usted pertenece a las segundas. (Iparraguirre 20-21)

Guevara intenta definir el locus enunciativo del narratario, a quien a partir de este momento llamará mister MacDowell o MacDowness y lo ubica entre los “escribientes sumisos”, aquéllos que escriben lo que se les ordena que escriban. De este modo, él mismo se transformará en espejo de aquél y así lo comenta Guevara al decir “Noto cierta simetría entre usted y yo, mister MacDowness o MacDowell, entre su carta y lo que escribo” (Iparraguirre 44). Pero Guevara quiere invertir ese reflejo, esa sumisión que le atribuye al inglés, y elige entonces escribir en castellano, a la vez que señala que no escribe para él:

Como sea, la decisión o el instinto de usar la lengua de mi madre y no la de mi padre anula de antemano cualquier posible comunicación. En consecuencia, no escribo para usted, mister MacDowell o MacDowness de cara desconocida, ni para el Almirantazgo Británico. [...] [T]ampoco [...] escribo para los habitantes de esta llanura, mis compatriotas, que desconocen el extremo austral de nuestro país donde sucedieron los hechos. (Iparraguirre 37)

O, un poco más adelante: “Esta es mi historia y me pertenece. Destierro desde ahora la carta y sus oscuros designios” (Iparraguirre 39).

Sin embargo, a pesar de decir anular cualquier posible comunicación a través de la lengua que ha elegido, Guevara seguirá dirigiendo su reflexión a este narratario fantasma (y a lo que él representa). Su relato invocará innumerables veces el nombre indefinido de cara desconocida<sup>7</sup> y la carta como punto de partida del relato. El narratario, que no podrá leer lo que Guevara llama al final del relato “estos papeles sin destino” (Iparraguirre 285), estará siempre presente a lo largo de la narración. Este uso, como lo señala Sims (528), tiene algo de parodia. Vale agregar que como tal, instaura una presencia fantasmal que a cada rato recuerda la presencia del colonizador, el colonizador ya interiorizado en los sujetos coloniales.

Por otro lado, Guevara es consciente de que tampoco escribe para sus compatriotas, dado que éstos no conocen Tierra del fuego e, implícitamente, carecen de curiosidad al respecto. Otra vez, Guevara se ubica en un espacio de soledad que ni siquiera en su calidad de hombre puede compartir con Graciana,

---

<sup>6</sup> En un sueño, Guevara recuerda la primera vez que vio a “un salvaje”, que después le explicaron que eran “indios amigos que se llegaban a hacer trueque a la pulpería” (Iparraguirre 62-63).

<sup>7</sup> Sims (527) hace un recuento de todas las veces que aparece el nombre.

“una muchacha apacible, de hermosos rasgos criollos” (Iparraguirre 166), descrita por él no como compañera de vida, sino como una sombra que deambula por la casa a veces prestándole su cuerpo a modo de consuelo:

Graciana, resignada a mi nueva actividad, sigue mirando con desconfianza estos papeles que ejercen sobre ella una atracción singular. Su mansedumbre me aplaca y su cuerpo, joven y generoso, me arranca de la soledad. Su presencia establece un contrapeso, necesario al fin de poder proseguir. (Iparraguirre 84)

Guevara nunca reproduce un diálogo con Graciana, pero en las pocas pinceladas que traza sobre ella, la describe como a una niña o como a un animalito, utilizando una estrategia tradicional del sistema patriarcal, la de infantilización de la mujer. Es interesante notar la semejanza con el modo que utiliza Darwin para describir a los indígenas en *The voyage of the Beagle*:

Everyone accustomed to very young children, knows how seldom one can get an answer even to so simple a question as whether a thing is black or white; the idea of black or white seems alternately to fill their minds. So it was with these Fuegians, and hence it was generally impossible to find out, by cross-questioning, whether one had rightly understood anything which they had asserted. (Darwin 199)

La curiosidad de Graciana no es interpretada como un serio deseo de aprender sino como una curiosidad primitiva, una curiosidad hacia lo desconocido e incomprensible, que adquiere tonalidades cómicas. La mansedumbre con que se la describe podría atribuírsele a un animal doméstico.<sup>8</sup> Así, Guevara relata de una vez que salió a tomar aire y al volver a entrar, vio a Graciana entintando la pluma:

De no haberme visto creo que hubiera intentado trazar algún signo.

Me reí con ganas, lo que le produjo una gran ofensa. No sé si he dicho que la muchacha es analfabeta. (Iparraguirre 166)

Para aplacar la intriga de Graciana, Guevara le da como tarea coser las hojas de lo que está escribiendo. “Le he explicado que así se hacen los libros”, sigue Guevara, “Ella ha tomado esta tarea con una seriedad y aplicación que no dejan de conmoverme” (Iparraguirre 200). Otra vez la mujer es infantilizada y el hecho de que se tome una tarea en serio sorprende y conmueve al hombre. No es hasta finalizar su tarea de escritura que a Guevara se le ocurre la idea de enseñarle a Graciana a leer, y es ante su propia necesidad de tener un lector. Desde una tradicional actitud patriarcal Guevara escribe:

Mañana o tal vez esta noche si encuentro voluntad, voy a despejar la mesa, voy a plantar en el medio un candil y le voy a enseñar a sostener la pluma, a entintarla, a trazar y a comprender los signos enigmáticos con los que, pacientemente, me ha visto convivir tantos meses. Si este es un relato para nadie, quizá yo mismo deba crearle un lector, y tal vez sea ella, mister MacDowell o MacDowness, la que algún día pueda alcanzar sentido de estos papeles sin destino. (Iparraguirre 285)

---

<sup>8</sup> Estas ideas, sobre otro material, fueron planteadas por Arenas en un congreso de la REEA en Gotemburgo, 2005.

Graciana, a fuerza de paciencia, ha ganado el premio de aprender a leer y a escribir. Su estrategia es una estrategia tradicional del subalterno, la de aguardar silenciosamente a que, en este caso, el hombre sienta la necesidad de otorgarle el discurso, la de corroborarlo en su posición de poder de modo tal de no ser interpretada como amenaza hacia ese poder. En este aspecto, Guevara se comporta como el imperio al que da la espalda. Graciana se convertirá en lectora ante la necesidad de Guevara.<sup>9</sup>

Sin duda, se puede atribuir una intención de denuncia a la novela de Iparraguirre, la denuncia de una situación de colonización y de violencia racial por parte del Imperio Británico y la Misión Patagónica; pero también, como indica Sims (2001:523-524), hay una clara problematización de los conceptos de centro y periferia, mostrando que el eurocentrismo está en todos lados.

Es de notar que en la novela Omoy-Lume no tiene voz propia sino que su historia nos llega a través de la mediación de Jack Guevara que es muy consciente de estar transmitiendo *su* versión de los hechos.<sup>10</sup> Así reflexiona al respecto:

Pero, ¿será realmente que nos entendimos o soy yo quien imaginó entrar, a veces, en el ancestral mundo de Button? ¿Qué veía él a su vez cuando me miraba? ¿Un camarada, un hombre pretencioso, un blanco venido del este? Estas preguntas abren un vacío en el que no me reconozco. (Iparraguirre 214)

Estas preguntas sin respuesta denotan "las tensiones entre el sujeto de la comprensión y la red de procesos en la semiosis colonial que se desea comprender" (Mignolo 42). Guevara es consciente de las dificultades que entraña contar la historia del otro y por eso dedica tanto espacio a intentar describir su propio locus enunciativo.

Sabemos que Omoy-Lume ha acogido a Guevara como amigo dado que le confía algunas de "las enseñanzas" que los yámanas transmiten a sus jóvenes en un rito de iniciación:

Te digo sólo algunas, Jack. Es algo que se enseña en lugar secreto del bosque o de la isla, y de allí no sale. Hace tres años yo entré en el gran wigwam. El *ciexaus*, mujeres y hombres muy jóvenes aprenden: el cuerpo ayuna muchos días, la cabeza manda sobre el cuerpo. [...] Es gran secreto, pero Jack es mi amigo. (Iparraguirre 150)

Después de esta revelación, Omoy-Lume también revela su verdadero nombre a Jack que hasta este momento lo ha conocido como Jemmy Button. Narrar esta muestra de confianza le sirve a Guevara como estrategia para instaurar su autoridad como narrador de la historia. A su vez, Guevara no puede compartir con Omoy-Lume las enseñanzas de su propio padre. Cuando Omoy-Lume le pregunta, Guevara reflexiona: "Pensé mi respuestas pero yo no había tenido ningún anciano; por otra parte hablarle a Button de las enseñanzas de mi padre no tenía ningún

---

<sup>9</sup> Es de notar que Graciana es un personaje secundario en la novela, dado el espacio que ocupa en el relato de Guevara. Esto se puede decir de todas las mujeres en la novela, que presenta el mundo homosocial de los barcos, puertos, instituciones imperiales, etc. Esta invisibilización de la mujer es otra de las estrategias tradicionales del sistema patriarcal.

<sup>10</sup> "No dudo de que cada uno de los que estuvieron en ese camarote daría una versión distinta de lo mismo. Puedo decir en mi descargo que éste es mi relato y que se atiene a lo único que naturalmente manda en él: mi memoria." (Iparraguirre 176)

sentido” (Iparraguirre 149). En este intercambio parece todavía mantenerse la relación sujeto conocedor y objeto conocido. Jack no comparte su historia con Omoy-Lume, es él quien observa y recibe la información. Esta relación, como lo comenta Sims (534) será invertida acto seguido, cuando Omoy-Lume confíe a Guevara que lo ha estado observando y que la impresión que le había hecho “había sido bastante pobre” (Iparraguirre 149).

En su relato, Guevara deja entender que recién en el juicio en Puerto Stanley, treinta años más tarde, le llegará el verdadero momento de revelación. Otra vez es importante la mirada de quien ve. Guevara es entonces un hombre que se acerca a los 50 años, llega a Puerto Stanley clandestinamente y dice no sorprenderse al “comprobar que en este confín del mundo se mantienen imperturbables las fórmulas y los lenguajes administrativos que [había conocido] en Inglaterra” (Iparraguirre 209).

El momento de la revelación llega cuando Button, al declarar ante el tribunal y el público presente, adopta la posición del “desdichado indígena” de buena voluntad. Button no reconoce haber participado de las matanzas sino que acusa a unas tribus vecinas. Tampoco acusa a los ingleses de haberlos sacado a él y a los suyos de su tierra, de haber violado a sus mujeres y robado a sus niños. Simplemente se declara inocente, y a su gente, y dice no querer volver a las Islas Malvinas. Guevara reconoce su decepción ante la actitud de Button pero inmediatamente se da cuenta de lo absurdo de sus expectativas:

A pesar de todo, yo estaba decepcionado. Absurdamente había esperado un alegato de Button que, por otra parte, hubiera sido imposible. A Button no le interesaban los blancos, no tenía nada que decirles, no quería revelarles nada. [---] Lo único que debía traer era una excusa válida para que lo llevaran de vuelta [a su tierra]. Y ya la había expuesto. (Iparraguirre 275)

Es éste el momento en el cual Guevara ve por primera vez al hombre en Button, al hombre que puede ser estratega, que puede mentir para obtener su libertad y la de su pueblo. Un hombre que hace uso de las fórmulas –jura sobre la Biblia– y los lenguajes administrativos –usa el inglés– para logra salirse del sistema que lo quiere controlar.

Después del juicio, Button se despide de Guevara para siempre. Guevara lo mira alejarse en la popa del barco que lo llevará de vuelta a su tierra. Antes de desaparecer en la niebla, Button se saca la ropa y la tira al aire, despojándose nuevamente y para siempre de los atributos del colonizador. Este acto simbólico será imitado de algún modo por Guevara, al recluirse en su casa en la llanura, dándole la espalda a la historia, y también al elegir contestar la carta en una lengua que no es el inglés.

La carta, que rompe el silencio de la llanura, rompe también el silencio de la historia, de lo que ha sido silenciado. Por un lado, despertará nuevamente en Guevara la dolorosa conciencia de haber sido cómplice de ese bárbaro proceso civilizatorio, del poder centripetal que ejerce el imperio sobre sus súbditos: “Hay noches en que siento el peso terrible de la historia de Button, de su gente, como si yo mismo, como si mis acciones hubieran tenido responsabilidad sobre su vida y su muerte” (Iparraguirre 214). Por otro lado, despertará en Guevara la necesidad de transmitir la historia, de enseñar a leer a la mujer sumisa, de darle herramientas para interpretar ella misma los trazos sobre el papel.

La decisión de enseñarle a Graciana a leer, si bien parte de la propia necesidad de Guevara, puede entenderse como otro modo de arrojar al mar las ropas que



limitan los cuerpos. Quizás sin darse cuenta, Guevara elige a través de esta decisión, entregar su hegemonía sobre la letra y liberarse en parte de otro sistema con pretensiones hegemónicas –el patriarcal– que insiste en controlar su accionar.

### Obras citadas

Arenas, Patricia. "Ciencia y violencia: 'No me miraba a los ojos'". Ponencia presentada en la Conferencia de REEA (Red Europea de Estudios Amerindios) "Estudios amerindios en el contexto europeo", Universidad de Gotemburgo, Suecia, 26 al 29 de octubre, 2005.

Darwin, Charles. *The Voyage of the Beagle*. Herfortshire: Wordsworth Editions, [1839] 1997

Fernández Prieto, Celia. *Historia y novela: poética de la novela histórica*. (Segunda edición) Pamplona: EUNSA, [1998] 2003.

Hutcheon, Linda. *A Poetics of Postmodernism. History, Theory, Fiction*. New York, London: Routledge, 1988.

Iparraguirre, Sylvia. *La tierra del fuego*. Buenos Aires: Alfaguara, 1998.

Mignolo, Walter. "La semiosis colonial: la dialéctica entre representaciones fracturas y náuticas pluritópicas" En: González Stephan, Beatriz y Lucia Helan Costigan (coords.) *Crítica y descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, 1992.

---. *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*. Michigan: The University of Michigan Press, 1995.

Perilli, Carmen. *Las ratas en la torre de Babel. La novela argentina entre 1982 y 1992*. Buenos Aires: Letra Buena, 1994.

Sims, Robert L. "Eurocentrismo, marginocentricidad, historia oficial e historia sentida en *La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre" *Hispanic Journal*. Volume 22, number 2, Fall 2001. Pp. 523-538.